

y del Sur) y apenas penetra en el Norte de Italia— las iglesias de Milán y Asís fueron concebidas, según *Taine*, por arquitectos extranjeros—. Y, en cambio, el barroco ostentoso, lujurioso, gozoso e imaginativo se daría con el predominio, en una raza, de la constitución pícnica. Hasta las figuras humanas del gótico, enjutas y rígidas, se llenan, se redondean, y se bañan de luz en el barroco cuando las telas empiezan a moverse. Acaso lo más típicamente diferenciador, en tal sentido, sean los arcos de uno y otro estilo, no solo porque la ojiva apunte al cielo, sino porque ella, a fuerza de ser rígida, se rompe a punto de doblarse— «arc brisés» dicen los franceses— y el arco de medio punto, que el Renacimiento se apropia, curva su línea suave y dulcemente. Para el espectador que sigue la línea del arco, cada punto de la curva barroca presiente al que le sigue eúritmicamente y él siente que la tensión de cada espera se calma sencillamente a cada paso; en la ojiva hay un momento, como en la esquizofrenia, en que un punto se sale del camino esperado y el sentimiento de expectación se rompe en una disritmia.

En lo hondo del hombre de genio, en la raíz de su constitución corporal y su temperamento, perviven el tiempo pretérito de su gente y de su raza. Todo el mundo sabe la disposición de la raza nórdica para la Filosofía, y de la raza alpina para la pintura y para la música. Por lo demás, *Kretschmer* reclama justamente que no es una simple coincidencia que Sajonia, Turingia y Austria hayan producido la mayor parte de los grandes músicos germánicos (los *Bach*, *Handel*, *Schumann*, *Wagner*; *Haydn*, *Mozart*, *Schubert*, *Weber*, *Liszt*, *Bruckner*, *Wolff*, etc.) mientras que Alemania solo ha producido dos: *Beethoven* y *Brahms*.

